

FLORENCIA

SUS CLASES SOCIALES. EL GOBIERNO. LOS MÉDICIS

Para llegar al Renacimiento de Italia hay que tener en cuenta que en las ciudades italianas se produce antes el movimiento contra el feudalismo en forma tal, que al llegar a la verdadera época del Renacimiento, ya las ciudades italianas han llegado a formar centros políticos aparte y con poderío grande y separado entre ellos.

Pero si bien no hay una Italia entera para su defensa exterior, existe en cambio la reunión de todas esas ciudades que tienen un alma nacional, un cierto lazo que las une, que hace que entre estas Repúblicas se cree una situación *sui generis*.

Ahora bien, todas las ciudades italianas han tenido su tirano, y parece ser el gobierno de estos personajes lo que caracteriza la forma política de aquellos Estados, pero esto no sucede con Florencia al ser gobernada por los Médicis. No es que en realidad ellos no fueran los verdaderos soberanos de aquella ciudad, sino que su política fué distinta de la de los tiranos propiamente dichos, y si bien llegaron a dominar con el mismo absolutismo que aquellos, se valieron de medios muy distintos.

La lucha de clases de que fué teatro Florencia, en cuanto a aquella división entre aristocracia y plebe, termina con la muerte del feudalismo, pero las diferencias no desaparecen sino que se transforman.

A primera vista parece que estuviéramos ante un gran caos de advenimientos desordenados de lo cual no se puede comprender ni la región ni el fin; pero examinando la cosa más de cerca se ve un hilo conductor y se ve cómo aquella República atraviesa una serie infinita de revoluciones, recorriendo todas las formas políticas que el medievo puede conocer. Se orientó constantemente al triunfo de la democracia, a la destrucción total del Feudalismo, cosa que consiguió con las ordenanzas de Justicia de Giano della Bella, el año 1293.

Desde entonces, Florencia se transforma en una ciudad de mercaderes, sus clases no fueron más de grandes y plebeyos, pero en cambio esa división se substituyó por la que hacia del pueblo dos categorías: pueblo grande y pueblo chico; artes mayores y artes menores. La primera se ocupó de la gran industria del comercio y de la exportación y de la importación. La segunda de las artes manuales y la pequeña industria en general, y del comercio dentro de la ciudad.

Nace de esta división una verdadera coalición de intereses, de la cual surge la nueva formación de los partidos políticos.

Cuando se trata de engrandecer el territorio de la República, de conquistar a Pisa, para tener abierta la vía del mar, el gobierno cae inevitablemente en manos de las artes mayores; más ricas, más audaces y capaces de entender y tutelar los grandes intereses del Estado fuera de sus confines.

En esta forma, Florencia había ido adquiriendo predo-

minio en Toscana, destruyendo allí la experiencia política de todas las demás ciudades, excepto Luca y Siena, que se sostenían haciéndose olvidar; sin renunciar a las formas democráticas, se habían acostumbrado a considerar como señora a la familia de los Médicis, que dominaba allí desde hacía más de un siglo.

El recuerdo de la pasada independencia, existía aun vivo en las ciudades que Florencia había avasallado; principalmente Pisa, sacudía de tiempo en tiempo sus cadenas y con tal de substraerse al poder de aquella, hubiera servido a extranjeros; ceguedad perdonable sólo porque no había experimentado el dominio de éstos.

Entre tanto, las fracciones florentinas continuaban siempre separadas y fuese efecto de ambición o de un verdadero amor a la libertad, agitaban continuamente al país.

Era preciso una gran fuerza o una gran habilidad para mantenerlas enfrenadas. Oprimir o engañar; no había términos medios. Fué Lorenzo el Magnífico el que poniendo en práctica la habilidad, supo conseguir aquel propósito. Durante su gobierno adquieren las costumbres su brillo supremo, Florencia fué en esa época el crisol de todas las manifestaciones del Renacimiento.

En todos los órdenes de la vida se ve la grandiosidad y pomosidad de aquellas costumbres.

Desde los trajes de los pobladores, hasta las festividades más sumptuosas, el lujo y la aparatosidad estaban en primera línea. Una boda o un entierro en la Florencia de aquella época, difícil es de imaginar hoy. Todo el mundo acudía en masa al pasaje del cortejo, porque aparte de satisfacer la sempiterna curiosidad, se asistía a verdaderas ceremonias llenas de extravagancias. No hablar de los carnavales donde, según un autor, en esos días no quedaban dentro de su casa más que aquellos impedidos por su salud.

Los Médicis. La Comuna

El régimen político típico del Medievo a principios del siglo xv ha sufrido una transformación profunda producida por múltiples causas que la afectan en forma más bien oculta e interna que aparente.

Conglomerados de oficios, corporaciones y gremios relacionados entre sí por circunstanciales dependencias, no pudo por mucho tiempo contener su choque recíproco que intereses encontrados debían fatalmente producir. La paz, impuesta como necesidad a las clases que no hacían de ella una industria, el comercio, que absorbe toda la actividad de una clase social, restringiendo sus aspiraciones e ideales a simples conquistas de orden material, y por lo tanto limitadas a su círculo regional y a su esfera única del ramo, y el dinero, que corroe viejos y austeros hábitos de vida tranquila y sobria, sugiriéndole los encantos del ocio, de la molicie, pareciera que han destruído el fundamento social en que reposaba todo aquel sistema : la solidaridad y la fraternidad. El papado y el imperio, las dos universales unidades políticas, las dos fuerzas directoras de la edad media, han asistido al proceso de su propia ruina. La ilusión gibelina ha terminado en 1313 con Arrigo VII; setenta años en Aviñón, cuarenta de cisma, han abatido su poderío. Los reyes sólo van hacia el emperador para exigirle tributos o negociar preminencias. Ante este estado de cosas, el surgimiento de la señoría « que es la preminencia de un jefe de partido o de un vicario imperial o de una potente familia sobre sus partidarios, que se contenta con la primacía en la ciudad dominante » no es sino su consecuencia : pues si la comuna se basaba en intereses municipales, sólo

lo era en cuanto no perdía de vista a los nacionales, mientras que todos aquellos factores apuntados han exaltado y desviado esos intereses restringiéndolos a una ciudad, más aun oponiéndolos a los generales lo que apareja recebos y odios que favorecen el surgimiento de una voluntad única capaz de dominarlos. Es la Señoría. La derivación de la Comuna en Señoría es fatal, impuesta por una ley general y alta, por la que un ciclo histórico es reemplazado por otro, cuando el principio sobre el que se sustenta la civilización del uno está exhausto y lo reemplaza otro nuevo ejercicio por otra generación de hombres, con otros ideales, otras inclinaciones, otro concepto de la vida y otra esfera de acción.

Y esto es un hecho universal en toda Italia. Dos siglos antes ya en Milán la evolución se ha completado y el principado es allí verdadero con los Visconti y los Torriani; en la Marca Trevisana con los Da Romano, los Bentivoglio en Bolonia, con los Scaligeri en Verona, los Pelavicino en Pienza, en Mantua con los Gonzague, en Pesaro los Sforza, en Perusa los Baglioni. En Florencia el Señorío tardó en llegar, como tardó en surgir el régimen de las libertades comunales. Sin embargo no faltaron tentativas en los siglos XII y XIV que pusieron en peligro esas libertades.

Dejando de lado la fugaz aventura del duque de Atenas, Corso Donati y Rosso de la Tossa, por ejemplo pretendieron conculcar las libertades populares, erigiéndose en jefe de una oligarquía familiar; pero sus proyectos abortaron por lo prematuros.

A fines del siglo XIV se intenta consolidar en forma aristocrática con los güelfos a la cabeza, el régimen decadente de la Comuna. Luego es la prevalencia, si bien pasajera, ya de los Ricci ya de los Albizzi, engendradas eso sí por simples rivalidades de familia, que se disputan la supremacía sobre las otras o sobre la República. No le faltaron, pues, a

los Médicis predecesores, si bien menos hábiles y menos afortunados.

El origen que se supone griego de la familia Médicis es poco conocido, y su aparición en Florencia relativamente tardía.

Las noticias concretas más remotas se refieren a 1301 en que aparecen actuando como subprefectos del pueblo en la expulsión de Dante y los güelfos blancos. En 1378 Silvestre de Médicis, ocupando el cargo de gonfaloniero de justicia, da impulso al tumulto de los Ciompi contra Piero degli Albizzi y la secta güelta.

Se ha pretendido situar allí los orígenes de la casa; no es así sin embargo. Si en 1301 aparecen como subprefectos del pueblo, lo son basándose en la violencia y sin ningún plan de predominio preconcebido, en suma sin diferenciarse de los otros tiranuelos. En 1378, el triunfo de los Ciompi se resuelve por la primacía de las siete artes menores, que no tardan en hacer víctimas a sus propios promotores, mientras que Silvestro se salva precisamente por la poca intervención que tiene en esta revolución social, de donde arrancan, para Villari, los partidos políticos.

Los fundadores políticos de la casa Médicis son Giovanni Di Bicci y especialmente Cossimo il Vecchio.

Murió Tomás de los Albizzi dejando subsistentes las disensiones entre la clase media y las familias dirigentes. Dotado Juan de un espíritu ecuánime y bondadoso, desprovisto de ambiciones, contando con riquezas infinitas que había amasado en operaciones bancarias y que le permitían colocar sus dineros en todas partes, amando y favoreciendo al pueblo, no tardó en ponerse de su lado en la lucha que sostenía contra Rinaldo de los Albizzi.

Así llegó a jefe del partido popular, pero sin condiciones apropiadas para la política de aquel tiempo que re-

quería tanta habilidad y tantos subterfugios y dobleces, no se le puede llamar su fundador político; si bien acreció bastante el crédito de la familia. Es éste Cosme.

Era como sus antecesores un simple mercader, burgués, ciudadano sin más título que cualquiera de ellos, pero los aventajó en que supo recoger la popularidad que un siglo de política hábil oculta, tenaz, había dado a su familia.

Cuando en 1429 murió su padre contaba con 40 años de edad, pocos estudios, algunos viajes, mucha experiencia de hombre de negocio, una excelente memoria, mucho oro y ambiciones, dice Monnier. La lucha entre fracciones se ha restringido a lucha entre los Albizzi y los Médicis y ésta derivó luego en la rivalidad de Cosme y Reinaldo Masso. Este, que al decir de Pitti, « como príncipe manejaba al Estado », temió el inmenso poder que se levantaba frente al suyo y comprendió que sólo desapareciendo su jefe lo podría desbaratar. Fracasó su intento en parte, pues sólo consiguió el destierro con el que bien pronto podría Cosme demostrar su grandeza. Mientras que en Venecia era un verdadero príncipe, su pueblo, sus artistas, sus pobres, de Florencia no acertaban a sobrellevar las tareas y privaciones de la vida sin su ayuda. El de su regreso fué el día más glorioso de la casa Médicis y el inicial de la brillante dominación de Cosme. Sólo pensó entonces en consolidar su poder. Se ligó con Francisco Sforza, jefe de bandas, dominando así las fuerzas militares, impulsó el comercio y las artes, granjeándose las simpatías de la riqueza y de la inteligencia. Para conseguirlo el instrumento principal fué el dinero. Según Perrens, daba sin contar o mejor no contaba sino para dar; él mismo decía que quería prestar aun a Dios; todos, grandes, nobles, príncipes, papas, pequeños, paisanos, plebeyos estaban ligados a él, si no por gratitud al menos por obligación. Así ganada las voluntades de los

poderosos no « gobernó » en el sentido político del término su ciudad, aunque de hecho hizo mucho más. No quiso nunca ocupar empleo público alguno, pues conocía su época y sabían cuán superior era su situación a la menguada de los príncipes o señores. Una Balía creada para elegir los principales magistrados, y compuesta de sus fervientes adeptos, se encargaría de mantener en los empleos a los personajes que él designase. En tanto que recogido en su palacio de Vía Larga con la modestia de un tranquilo burgués, era el señor y dueño absoluto de su República, toda la vida convergía, él era Florencia. Su política, dice Monnier, fué la de simularlo todo. Gobernando con la apariencia de un súbdito, manejando los hilos de toda actividad, este príncipe ejerció una autoridad tanto más absoluta cuanto trató siempre de ocultarlo. Se contentó con ser lo que en apariencia no era. Perrens le ha imputado que todo su amor por la belleza, las artes y las letras no fué sino cálculo, mero instrumento de gobierno que ejerció con suma maestría, dirigiendo las actividades de todos hacia regiones que por su naturaleza les hacían olvidar los intereses públicos a cambio del deseo de gozar en paz entre placeres y comodidades, las delicias de una vida voluptuosa. Sin embargo Cosme amaba de corazón lo que por conveniencia protegía y aún en el caso de que fuese exacto no sería ello sino una imposición del momento, nunca su creación. Dice Villari, que había entendido que el arte, la ciencia y las letras; en la nueva sociedad era una verdadera potencia de la que todo gobierno discreto debía llevar buena cuenta. La tumultosa libertad comunal, después de haber exigido en luchas palaciegas e innocuas el constante esfuerzo individual, propendió al florecimiento de una generación que sólo quería reposo para gozar de las riquezas acumuladas por los antepasados, que veía en el

paganismo el molde epicúreo a que debía ajustar sus actos, que despreciaba los torneos y las justas caballerescas, relegándolos a industria que se vende; en suma, que tenía como única ocupación, como único ideal las conquistas elevadas del espíritu, la realización de una forma de vida superior y al mismo tiempo sensual y despreocupada de todo lo que no fuese amable y ligero.

A su alrededor una magnífica floración de espíritus superiores trabajaba marcando en grandes obras la expresión de su fisonomía a la par elegante y grave, jovial y solemne. Son los Nicolo Nicóli, Leonardo Bruni, Ambrogio Traversari, Gianozzo Manetti, Carlos Marsuppini, y sobre todo Poggio Bracciolini, que forman su grupo, los destinados a destacar su figura de Mecenas y a señalar con sólo el prestigio de sus nombres la importancia del aporte profícuo realizado a la cultura del Renacimiento. La Academia Platónica, primera institución filosófica que se independiza de los métodos escolásticos, fundada por Gemistio Pleton y luego dirigida brillantemente por Marsilio Ficino, que intenta conciliar el sistema tomista con el platonista, creando una filosofía neoplatónica, encuentra la esencia racional de Dios en lo absoluto filosófico.

En 1441 se funda la biblioteca Laurentina. En todas partes surgen edificios, palacios, iglesias de una magnificencia suprema, realizadas para satisfacer su pasión por las construcciones que inspiran a Benozzi Gozzoli aquella alegoría un tanto irónica en que figura Cosme con su familia asistiendo a la construcción de la Torre de Babel. Florencia gracias a su patronazgo se ha vuelto el centro de la cultura Renacentista, y en el exterior es el eje de la política italiana. Milán y Roma son sus aliadas y los demás Estados gracias a su hábil política guardan entre sí un perfecto equilibrio. Maquiavelo dice que la autoridad que

tuvo en Florencia mereció tenerla en toda la cristiandad. Había llegado a la cumbre de su gloria.

Marsilio Ficino hacía una lectura de Platón, dice Maquiavelo « ¿Por qué cierras así los ojos» — le preguntó su esposa Monna Contessina. — « Para habituarlos », le respondió. » Y después los cerró para siempre.

Pedro el Gotoso, a pesar de su educación esmerada, en los cinco años que duró su señorío sólo consiguió comprometer con procedimientos torpes e impolíticos, entre lo que no tuvo poca importancia el intento de reorganizar las finanzas paternas, el poder que Cosme había llevado a su punto culminante. De su des prestigio se aprovechó Pitti gonfaloniero que fué bajo Cosme para ejercer con descaro la tiranía. Vencido por los partidarios de los Médicis buscó el apoyo de Venecia, mientras que Pedro muerto Francisco Sforza llamaba a Galeazzo María y se ponía bajo la protección de Federico de Montefeltro. Uno de los hechos más curiosos de su principiado fué la tentativa homicida de Diostesalve Neroni conjurada hábilmente por su hijo Lorenzo que de 16 años entonces, ya demostraba su futuro genio.

En 1469 Julián y Lorenzo, dos jóvenes, heredan a su padre. El momento era decisivo. Restituídas las esperanzas de los enemigos de los Médicis que contaban con la ligera inexperiencia propia de la juventud sólo pensaron en dar el golpe de gracia a aquella dinastía que hacía peligrar sus personales ambiciones. Los Pazzi apoyados por el papa Sixto IV y por Fernando, Rey de Aragón, tramaron una conspiración, que es célebre en los anales de Florencia. Mientras los hermanos asistían a una misa celebrada en la iglesia de la Reparata un grupo de sicarios se arrojó sobre ellos para exterminarlos. Lorenzo con una prudencia y serenidad notables logró salvar su vida, no así

la de Julián que cayó a su lado envuelto en sangre. En este momento comienza para Lorenzo el esplendor de su señoría.

Su conducta ante los acontecimientos que se verifican entre 1472 y 1484 ha provocado acerbas críticas de parte de sus detractores, como también elogios que tocan a la apología, de sus admiradores cortesanos.

La insurrección de Volterra provocada por intereses económicos y no a instancia de Lorenzo como se ha pretendido, demuestran cuál era su concepto de la responsabilidad política del poder que ejercía. Reprimiéndola sólo quiso asegurar la tranquilidad tan ansiada por sus conciudadanos procediendo sin transigir para evitar su repetición. En cuanto al pretendido saqueo efectuado por orden suya se ha demostrado hoy que fueron los mismos defensores poco consecuentes con quienes les habían pagado los que lo llevaron a cabo. La conjuración de los Pazzi magistralmente relatada por Maquiavelo muestra claramente cuánto era el amor del pueblo por Lorenzo y cuánta era la capacidad política de éste para gobernar. Si aquella se produce es como ya dijimos no por que hayan sido provocados, pues era amigo aunque fingido de ellos y no sospechaba semejante violencia, sino por odio y ambición. Si el cardenal Salviati es muerto, si cien personas son escarnecidas, es el pueblo que quiere vindicarse que quiere ver salvada su persona el que en el colmo de la indignación produce esos hechos de justicia terrible. Lorenzo le agradece y le devuelve todo eso y mucho más, cuando el papa y el rey, disimulando sus auténticos proyectos, pretenden llevar la guerra no a Florencia sino a los Médicis. Visto el peligro de tal perfidia y la necesidad de dar un gran golpe, prescindiendo del papa se presenta al rey incondicionalmente. Cuando vuelve le acompaña la paz, la gloria, la

autoridad omnipotente. Sin embargo no quiere ser príncipe, no quiere romper la tradición política florentina. Ejemplo como éste de habilidad política y de moderación en la victoria, la más difícil de las virtudes humanas, pocas veces se repite!

Desde 1474 a 1492, en que murió, los acontecimientos no hicieron sino favorecerlo. Muerto Sixto IV, su enemigo implacable, traba amistad y parentesco con Inocencio VIII, su sucesor, y busca la paz en el equilibrio de los Estados.

De fantasía ardiente, talento amplio, palabra elegante y limpia, temperamento recio y alegre, fué de los poetas en su tiempo sino el mejor, al menos el más apreciado y el más popular.

Florencia es el centro de un nuevo momento en la cultura itálica : el helenismo, dice Moninier. La corte de Lorenzo, plena de magnificencia, de simplicidad, de jovialidad, está constituida por Toscanelli, Masilio Ficino, Picco de la Mirandola, León Bautista Alberti, y otros sabios y poetas que han abandonado toda actitud grave o pretenciosa que ponen su ciencia al servicio del placer y de la mundanería, que aguzan su ingenio para destacarse en la *conserie*, repetida a diario en fiestas suntuosas. Lorenzo poeta el mismo, quiere que lo sean sus funcionarios y sus familiares y por eso inicia en la vida superior del espíritu tanto al podestá como al *condottieri*. La Florencia de Lorenzo ya no es aquella austera de Cosme, es la amable y fresca Florencia marcada con el genio de Perugino, Ghirlandaio, Boticelli, Verrochio, Mino de Fesoli, Miguel Angel. Sus poetas seducidos por la sencillez y la objetividad del verbo helénico, cantan en epigramas breves y fáciles las beldades de la amada o las hazañas del príncipe. Pero aquí está también el germen de su decadencia. Una civilización demasiado avanzada les ha hecho abdicar de toda conciencia

moral, un conocimiento demasiado erudito de la literatura les ha hecho olvidar la vida y la realidad. Su inspiración es o cortesana o amorosa, su emoción o literaria o erudita. En cambio la erudición llega a su apogeo. Policiano escribe obras llenas de conocimientos sobre la antigüedad clásica, Cristóforo Landino comenta a los griegos y a los latinos, Bernardo Rucellai, Bartolommeo della Fonte, Pietro Crinito, sucesor de Policiano, enseñan con rigor, método y exactitud científica.

Ya en la conjuración de los Pazzi el pueblo entrevió ante la precocidad de su talento, la generosidad y jovialidad, la educación recibida del gran maestro Ficino, al hombre destinado a portarse siempre como varón y como príncipe según el propio consejo de su padre.

Educado en el ejemplo venerable de la buena y virtuosa Lucrecia Tornabuoni se puso como ella siempre del lado del pueblo menos por política o simpatía como lo pretendía, que por temperamento e instinto. Ama al pueblo pequeño, a los campesinos, conoce sus cantos, sus cuentos, sus pasiones, sus costumbres. Si se examina su cuerpo rudo y feo, dice Monnier, es el de un paisano, pero el de uno de esos paisanos de Toscana, cuyo calzado es torpe y cuyo cerebro es fino, según reza el proverbio.

Es afectuoso con su mujer y sus hijos no obstante el decir de Ricordi cuando pone en boca de Lorenzo las palabras «*Mi fu data*», por las que parece que su verdadero amor sería por otra mujer, por Lucrecia Donati, habiéndose casado con Clarice Orsini ante las imposiciones de su madre. Lorenzo en sus comentarios poéticos pretende haber sentido un amor platónico por la Donati sugerido ante el cadáver de su amada la bella Simonetta. Sin embargo sus amores con Lucrecia Donati preceden en 10 años lo menos a la muerte de Simonetta. Lo cierto es que, como dice

Masi, aun casado mantuvo relaciones con Lucrecia, eso sí siempre puras, ideales, platónicas, petrarquescas, como lo afirman Ugolino Verini y otros, sin que podamos, ante tantos testimonios concordantes, hacer otra cosa que aceptarlos a ojos cerrados.

La seducción, el amor, la juventud, la lozanía están en él; pleno de vida quiere vivirla intensamente, ampliamente, alegremente; todo le anima, le interesa, le parece atractivo y fácil; las diosas del talento, la riqueza y el amor no lo han sometido a un dilema para ofrendarle sus favores. Espíritu cristalino y sutil, juicio claro, de facultades perfectamente equilibradas y armónicas, al mismo tiempo amante apasionado de las mujeres (inclinado deliciosamente, como dice Maquiavelo, a las cosas de Venus), la música, el vino y el saber es el mejor representante de aquel siglo xv con su complejo contradictorio de vicios y virtudes. Gaspary ha dicho que un individuo no corrompe a una nación sino cuando ésta está ya corrompida. Con un criterio actual esto es exacto. Pero si los juzgamos con un criterio relativo ubicándonos en el tiempo, no. Ni Lorenzo dejó de ejercer influencia en la moral corriente, ni el pueblo resultó ser su maestro. El uno y otro son el efecto de un proceso histórico ya delineado. No fueron ni buenos ni malos, fueron simplemente distintos. En aquella época no todos los defectos ni las virtudes eran tales.

Como político Lorenzo es superior a todos los estadistas de su tiempo. Practicando el sistema de equilibrio entre los cuatro Estados mayores de Italia, tratando sólo de aumentar la influencia Florentina, protegiendo el desarrollo de toda manifestación espiritual, para así favorecer la creación de una nueva civilización, con un conocimiento admirable de los hombres y de las cosas, con una voluntad férrea puesta al servicio de ambiciones personales pero altas,

consigue ocupar indudablemente el primer puesto entre los estadistas no teóricos de su tiempo. Por eso Maquiavelo escribió su libro de política positiva dedicándolo a un político práctico ante todo. Y esto que es indudable en ese aspecto de su personalidad lo es también en los otros. La vida fué su constante consejera. El humanismo lo hubiera llevado a la ciencia teorizante, a la especulación pura; la vida lo salvó. Como dice Cantú, Florencia fué el blanco de las miradas y deseos de los extranjeros y se convirtió en palestra de las ambiciones y de los intereses de toda política europea que recibió de ella un secreto impulso. La civilización había andado allí a paso de gigante y los extranjeros a la manera que iban devotamente a visitar la mansión de los apóstoles acudían también cual peregrinos de la inteligencia a buscar allí inspiraciones, ejemplos, ardor en las indagaciones literarias, libertad en las discusiones, experiencias en las franquicias políticas iluminando luego a su patria con los rayos de que Italia era el foco.

Muerto Lorenzo en 1492 dejó tres hijos : Pedro, Julian y Juan, más tarde papa con el nombre de León X. Pedro II desde un principio levantó los recelos y sospechas de sus partidarios, que no sin reticencias aceptaban el poder de Lorenzo. No estuvieron, pues, dispuestos a permitirle que se arrogara idénticas facultades y desde un principio una fuerte oposición nacida en el seno de su propia familia desbarató todos sus planes. Quedó así comprobado cuán inestable era aquel poder de la casa Médicis tan impreciso, tan relacionado sólo al valor personal de quien momentáneamente lo ejercía. Era Pedro un joven de 21 años, impetuoso, apasionado, sin carácter, en suma con todos los vicios de su padre y sin ninguna de sus virtudes. Educado por Policiano bien poco le valió la dirección y ejemplo de tan venerable maestro, pues en nada sobresalió. Apenas dos

años después de ponerse al frente de la cosa pública, demostró toda su inexperiencia e ineptitud. Abandonando la tradicional alianza con Milán y los Sforza que tantas veces había salvado la República, poniéndose de parte de los Orsini a instigación de aquellos de los que era ejecutor incondicional y aliándose al rey de Nápoles o guiado por los florentinos, provocando al pueblo con amenazas de expulsión a Savonarola, cuya predica era cada día más recia y su profecía más temida; no consiguió sino que los Rucellai y los Soderini, familias afines a los Médicis organizasen una fuerte oposición que muy pronto dió su fruto.

Tomando una actitud grotesca se adelantó en Sarzana a adular a Carlos VIII, pretendiendo repetir el golpe maestro de Lorenzo. Pero mientras éste regresó entre el clamoreo de la multitud, aquél lo hizo entre silbidos; el uno trajo la paz honrosa y el otro la humillación pacífica; Lorenzo sentó su poderío sobre bases más fuertes, Pedro II provocó su propia ruina y la de su casa.

El pueblo veía como un peligro eminente el ataque de las huestes de Francia, y entonces dirigió sus miradas a Savonarola para que lo guiase. Es este personaje un fraile misionero que gracias a los triunfos del rey Carlos VIII alcanza un puesto distinguido en la historia. Su abuelo, natural de Padua, fué médico de la corte de Ferrara. Su padre era una nulidad; por lo tanto se atribuyen todas sus características a su madre, quien era natural de Mantua. Se negó a seguir la carrera de su abuelo para la que era educado y abandonó secretamente la casa de sus padres para entrar en la orden de Santo Domingo en Bolonia. Predicó en Ferrara, pero nunca fué profeta en su patria. Luego fué trasladado a Florencia, al convento de San Marco, fundado por Cosme de Médicis. Más tarde fué elegido prior del convento. Nunca mostró afición a los

placeres, finalidad obligada de la vida de Ferrara y de sus gobernantes. Sus primeros escritos son un alegato contra la corte de Roma, donde hace aparecer a toda Italia como lugar de vicio y perdición.

Fué Savonarola un hombre eminentemente razonador; un hombre que no cesó de pensar; que echó mano a todo lo que sirviera para robustecer sus raciocinios, un hombre cuyos discursos no son otra cosa que un argumento desde el principio al fin. Fué siempre un celoso partidario del pueblo; asociaba una sincera a una decidida inclinación republicana. Juan Francisco de la Mirandola nos lo describe como violento contra los vicios, pero muy indulgente con los pecadores. Su tranquilidad y natural serenidad anunciaban la paz interior de su espíritu. Su elocuencia no era estudiada sino que brotaba de corazón con el ímpetu de las almas fuertes en complejiones delicadas, al paso que las lágrimas se deslizaban de sus ojos. El gobierno de Pedro II, material, egoísta, sin ninguna idea generosa, proporcionaba abundante tema a los ataques del fraile pero además se dirigía y quizá con más energías en este caso, contra el papa, tanto que sus prédicas fueron terribles contra aquel y contra los excesos de la corte de Roma.

El pueblo, excluido de los negocios públicos y llevando vida activa sin duda, pero enteramente exterior, sentía en sí la necesidad de alguna cosa superior y amaba al que dirigía los ojos al cielo y le mostraba allí el remedio de todos sus males.

Hasta que Savonarola penetra de lleno en el círculo perfectamente iluminado de la historia, deben ser acogidas con reservas todas las anécdotas que a propósito de él refieren sus biógrafos.

El partido de Savonarola destruyó en 1497 las cabezas del grupo de los Médicis; restauradas éstas en 1512, el nom-

bre del fraile quedó impreso en la masa popular que había sido desbaratada. Nada mejor que presentarlo desde el momento que se estableció en Florencia como promovedor de la oposición contra los Médicis.

Los restos de arcaica sencillez de Florencia favorecieron los deseos de Savonarola de simplificar, no ya sólo en la vida privada sino también en la religiosa. Una de las características del siglo xv fué la magnificencia desplegada por la Iglesia en lo externo, en ornamentos y alhajas, en estandartes, en capillas edificadas o restauradas por familias particulares cuyas paredes decoraban con retratos al fresco y armas repujadas. Contra aquellas joyas, contra aquellos monumentos del orgullo de familias, contra la substitución de la plegaria por la armonía, clamó repetidas veces Savonarola. Después de la muerte de Lorenzo, los sermones de aquél fueron más claros. Sin que pueda decirse que fueran todavía políticos, ofrecían constantemente dos rasgos que le daban tendencia manifiestamente política: la prédica contra la Iglesia y la profecía de su ruina inmediata.

Quizá sea la invasión francesa de Carlos VIII la que haya dado el carácter político a los discursos de Savonarola donde predicaba sus profecías de ruina.

La separación de Pedro II de su aliada de siempre : Milán, y la alianza contraída con el rey de Nápoles, trajeron por consecuencia el abandono en que lo dejaron las grandes familias de la casa de los Médicis, los que se aferraron a la alianza milanesa. La rebelión contra Pedro se produjo en forma tal, que éste tuvo que abandonar Florencia y verse abandonado hasta por los que le habían sido fieles hasta entonces. Cuando al fin entró Carlos VIII en Florencia, parece que Savonarola no tomó parte en las negociaciones que primeramente resultaron ser bochornosas. Se modificaron las condiciones gracias a la intervención de

Capponi, cuando, con audaz gesto, rompió el tratado de paz denigrante de Pedro y lo reemplazó con otro tan humillante como aquél, pero que al menos satisfizo la primordial ambición del pueblo : evitar la restauración de los Médicis.

Una vez retirados los franceses de Florencia, era necesario, desde luego, la reforma de la Constitución.

« La campana del palacio convocó un parlamento, es decir, una reunión del pueblo en masa, y la Señoría, desde la tribuna del palacio, propuso el nombramiento de un « balía » o gobierno provisional. Las instituciones de los Médicis, es decir, los consejos de los Cien y de los Setenta, así como también el Otto di Pratica, junta permanente encargada de la resolución de los negocios de Estado, quedaron abolidas en esta ocasión, al propio tiempo que eran depuestos los individuos del Otto di Balia, o sea el ministerio de Justicia. Nombróse un consejo de veinte encargados de elegir Señoría cuyas funciones debían durar un año. Dentro de un año se consignarían en un registro todos los ciudadanos idóneos para el desempeño de cargos públicos, y expirado aquel, se pondría nuevamente en vigor la tradicional costumbre de proveer las magistraturas por sorteo. Virtualmente este gobierno provisional no hizo otra cosa que reemplazar la monarquía por la oligarquía; un grupo de aristócratas empuñaba las riendas del poder que Lorenzo de Médicis hizo vincular en su familia. Esta notwithstanding, el plan fué aprobado por el parlamento. Quedaron en tal ocasión removidos todos los elementos verdaderamente eficaces del Estado; la constitución normal sería elaborada por veinte individuos sin coherencia, sin experiencia y divididos entre sí por rivalidades de familia y personales. No podía esperarse que de semejante organización saldría nada nuevo. Uno de los más notables aris-

tócratas de entonces, Pablo Antonio Soderini, había sido excluido de los Veinte. Por despecho o rivalidad, trató en lo posible de suprimir a aquella institución. Este personaje acababa de regresar de Venecia y se puso a alabar la constitución por la que se regía esta última. El grito alzado en las calles halló eco en el púlpito. Fué invitado Savonarola a abogar por un gobierno calcado sobre el veneciano. Desde entonces es cuando Savonarola entra de lleno en política.

Declaró que, como natural de Ferrara, se había abstenido de intervenir en los asuntos del Estado florentino, extraño para él, pero que Dios le había ordenado que variase de conducta, en atención a que pesaba sobre él la misión de crear la vida espiritual. No se limitó a bosquejar la forma de una constitución nueva, sino que trató las líneas principales de legislación, moralidad y economía. Admitió que la monarquía era el gobierno ideal, pero que no daba resultado en los países de clima templado dada como tipo natural al gobierno popular de Venecia.

Propuso que los ciudadanos se reuniesen bajo sus diez y seis compañías llamadas Gonfaloni; que cada una de éstas escribiese los diez y seis proyectos, escogiendo de entre ellos cuatro, y que la Señoría fuese la encargada de señalar el mejor de los cuatro. Este sistema es el que se ajustaba al modelo veneciano.

Después de larguísimos debates, presentaron sus constituciones respectivas los diez y seis gonfaloneros, los doce *buonuomini*, los Veinte, los Ocho y los Diez de la guerra, siendo escogida entre todas la de los Diez, a los cuales pertenecía Soderini.

La Constitución de Florencia

Los antiguos Consejos del pueblo y los Comunes fueron reemplazados por un Gran consejo que llegó a ser la autoridad del Estado. Solamente podían ser del Gran consejo aquellos que en alguna ocasión habían sido nombrados para desempeñar alguno de los tres cargos más elevados, a saber : la Señoría, los Doce, o los Diez y seis ; o los que contaban entre sus antepasados, dentro de tres generaciones, con alguno que los hubiese desempeñado. El mínimo de edad para poder ser elegido era veintinueve años, y haber pagado todos los impuestos. Fué admitido un número de ciudadanos de distintas clases sociales mayores de veinticuatro años, debiendo ser nombrado cada año veintiocho individuos adicionales de los que no reunían los requisitos necesarios para el cargo ; pocos eran, sin embargo, los que obtenían la mayoría obligatoria de dos terceras partes de votos.

La función principal del Consejo era la electoral.

Electores sacados a la suerte designaban los candidatos para los cargos más importantes.

Para los cargos de menos importancia, se sortearían los mismos miembros del Consejo.

El Consejo eligió un senado de ochenta miembros cuyas funciones expiraban a los seis meses, aunque eran reelegibles. La misión de este senado era asesorar a la Señoría y nombrar los embajadores y comisionados afectos al ejército.

La organización ejecutiva, no fué alterada ; figuraba en primer término la Señoría ; el Gonfalonier de justicia y los ocho priores, cuyo cargo expiraba a los dos meses. En

sus deliberaciones eran auxiliados por el consejo de los Doce y los Diez y seis.

Los Diez de la guerra y los Ocho balía, continuaron en la nueva constitución.

El Consejo llegó a sumar 3000 miembros. Se creyó, con esta experiencia constitucional, llegar al ideal en la forma de gobierno, apta justamente para el pueblo que la abrazaba, y no fué así. Los florentinos veían la realización en la ciudad de las ventajas de esta constitución, como lo era para Venecia la suya, pero no fué así por la sencilla razón de que la constitución florentina, en su afán de democratización, llegó a dar demasiadas atribuciones al pueblo directamente, y si bien estaban incluídas, por las cláusulas de aquélla, las clases superiores, de hecho las atribuciones de ellas quedaban poco menos que anuladas, porque todo debía pasar por el Gran consejo, que llegó a ser la autoridad suprema. En Venecia, en cambio, la distribución de los poderes era bien marcada entre las diversas clases, y para llegar a la perfección de la que se le alababa, tuvo que combinar los métodos de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia.

En ocasión de la nueva constitución puesta en práctica, desaparece el poder dinástico moderador, que por lo menos revestía de cierta eficacia y regularidad a la justicia.

A pesar de todos sus defectos, la nueva constitución fué popular, porque interesó a muchos individuos que nunca habían tomado parte en los poderes públicos. Vista desde este punto de vista puede llamársele democrática.

Pero en realidad de verdad, si bien las clases elevadas se perjudicaron con el cambio constitucional, lo cierto es que el pueblo no ganó nada. No hay duda de que todos estos principios están íntimamente ligados al nombre de Savonarola; si bien él directamente no fué el que escribió

la nueva constitución, ella fué inspirada en sus ideas. Ahora bien, todas las fallas que aquél la tuvo tendrían que recaer sobre el propio fraile, pero a nuestro entender todos esos principios no fueron dados por él como político propiamente dicho, sino que creyó ver en ellos un medio para llegar a la purificación de las costumbres a la que él dedicó toda su vida; entendía que toda la perversión era obra de los tiranos y veía en ellos un peligro mayor por esa causa que por la opresión que ejercían sobre los pueblos.

Considerado como político fué, sin duda alguna, el causante del estado lamentable en que quedó sumida Florencia durante los catorce años que faltan en ella los Médicis; pero, como decíamos anteriormente, su error fué causa de la prédica contra la religión de entonces que, llegando al fanatismo, no reparó en los medios de que se valía para conseguir su fin único. Siempre antepuso la ética a la política.

« Savonarola no supo comprender la joven Italia de sus días; no supo ver detrás de aquel desarrollo, de aquella lozanía, de aquella vida exuberante, el germen precioso y fecundo capaz de dar frutos inapreciables y eternos. »

Angel Luis Sanguinetti. Omar Maini Cúneo.